Mundo de infierno

Anyuri C. M.

Capítulo 1

Antes del anochecer al regresar a casa, siempre podía ver a aquellos niños jugar, en el parque infantil, se notaba su felicidad, eran escandalosos e inquietos, jugaban y jugaban sin parar, despreocupados de todas las injusticias del mundo, de este infierno. De cierto modo me daban envidia. No podía comprender como tanta felicidad se podría demostrar en ese parque feo y viejo, un columpio, chirriante y oxidado; un sube y baja, que gracias a su oxido no se podía jugar con él; un tobogán que le faltaban algunos escalones.

Pero ver a esos niños era como ver la luz en la total oscuridad, aunque no los conocía y no les he hablado, decidí darle un nombre a cada uno, el más pequeño es Elías, alegre e inocente, es un poco travieso, pero el más tranquilo de todos, lo que más le gusta es el columpio, siempre estaba allí con su pequeño abrigo rojo, a la niña la llame Sofí, ella tiene una cara muy linda, amable con el resto, pero algo torpe, siempre se cae por todo el parque, marchando sus lindos zapatos blancos, y de ultimo tenemos a Simón el mayor es el inquieto y escandaloso pero siempre llevaba su pantalón vaquero, ellos reconfortan mi alma con solo verlos jugar, especialmente cuando tenía problemas en el trabajo, me hace sentir mejor y me lleva a pensar que todo va bien en mi vida.

Un día noto que algo raro estaba pasando los niños no han venido antes del anochecer, en su momento pensé que esa noche era una excepción, pero en la mañana la vi, no era lo que esperaba, estaba en el noticiero como la niña desaparecida, esa noticia era como un balde de agua fría en pleno invierno, de verdad que este mundo era un infierno. El pasar de los días era cada vez peor, no podía dejar de imaginar las cosas que pudieron suceder, poco a poco fui cayendo en el alcohol, eso era lo único que me ayudaba a dormir, venia todos los días borracho desde mi trabajo.

El dolor por su perdida era muy grande, dejándome llevar cada vez más por el alcohol, un día trate de regrese a media noche, era tarde, es lo más tarde que que voy camino a casa, pero no importaba nadie me estaba esperando, ese día decidí rendirme y quédame en el parque, sentado en aquel viejo columpio, me quede con la mirada baja, perdido en mis pensamientos por unos momentos, entre todo ese mar de ideas en mi cabeza de reojo pude ver sus lindos zapatos, blancos como la nieve, pensé que ya tanto alcohol me estaba jugando una mala pasada, me estaba haciendo imaginar cosas, pero no, ella estaba allí, justo de pie frente a mí, en una noche tan oscura y solitaria, sin alzar la cabeza temiendo que al hacerlo ella desapareciera, me invadió un sentimiento de tristeza, dolor y culpa, por no poder protegerla.

Reuní mi poco valor para alzar la cabeza, al escuchar su voz diciendo

entre llantos.

-Yo cuidare mis zapatos, por favor, ya no más- Repetía esto, con sus pequeñas manos ocultando su rostro.

Queriendo consolarla me acerque a ella, quise quitar las manos de su rostro, esa hermosa cara que recordaba, ya no era igual, está llena de sangre, cortes y moretones. Al ver su rostro ella me hizo ver todo lo que paso.

Padres estrictos, ricachones y perfeccionistas, le compraron a su pequeña un par de zapatos blancos, por haber hecho sus deberes sin un solo error, ella es perfecta, ellos no soportan los errores o desobediencia, le advirtieron que cuidara los zapatos, que no los machara y sobre todo no querían verla de nuevo en ese parque tan horrible, un parque tan vulgar. Pero ella quería a sus amigos, quería mostrarles sus lindos zapatos, así que desobedeció, pero al regresar a casa su padre la esperaba, con una mirada de odio y asco, se dejó llevar por la rabia e impotencia, perdiendo el control, la golpeo una y otra vez sin parar, dejando cortes con los grandes anillos de oro.

-¡tú tienes que ser perfecta, obediente, tienes que aprender la lección!

El padre perfecto, ya no lo era, su querida hija no se movía, apenas lograba abrir los ojos después de eso, con sus ultimas fuerzas solo logro decir.

-Ya no voy a volver a hacerlo padre, por favor…

Nadie podía saberlo, ¿cómo quedaría su reputación? su imagen, todo lo que había logrado, ni su esposa tenía que enterarse de aquello. Para el todo era culpa de su hija, el no habría hecho nada si tan solo ella hubiera obedecido, si tan solo ella fuera perfecta.

-Tú querías estar siempre en ese parque, no entiendo porque, pues ahora te vas a quedar allí para siempre- Dijo mientras veía a su hija.

Después de que mi pequeña Sofí me hiciera ver eso, no dejaba de llorar, tenía una gran mescla de sentimientos, como la culpa, la rabia e impotencia. Lo que yo pensaba que era mi pequeño mundo de felicidad ya no existía, pero algo incluso más extraño paso, entre sus llantos la escuche preguntarme.

-¿tú también los veías, verdad? A mis amigos, ellos jugaban conmigo.

Después de escuchar esa pregunta lo comprendí, me pregunte ¿Por qué los 3 desaparecieron al mismo tiempo? a ellos nadie los estaban buscaban, nada salió en los noticieros sobre Elías y Simón. Absolutamente

nada, un escalofrió recorrió por todo mi cuerpo. Sofí se empezó a reír y mirándola le pregunte.

-¿Qué paso con ellos, dónde están?

Una extraña sonrisa se asoma en su rostro y me dijo…

Ellos también quieren ser escuchados, encuéntralos